

«El truco consiste en no parar de hacer cosas indignantes. No tiene sentido conseguir pasar una ley escandalosa, y luego darle tiempo a todo el mundo para que se sulfure. Hay que entrar allí directamente y rematarla con algo todavía peor, antes de que la gente haya podido averiguar con qué les has golpeado. Mira, lo que pasa con la conciencia de los ingleses es que realmente no tiene más capacidad que... un ordenador personal de los antiguos, si tú quieres. Sólo puede retener dos o tres cosas en la memoria a un tiempo. Thomas asintió con la cabeza y le pegó un buen mordisco a su bollo.»

Jonathan Coe, ¡Menudo reparto!

Una guerra desastrosa

La guerra de castigo contra Yugoslavia debería pasar a la historia como una de las más paradójicas y desastrosas campañas militares. Justificada como una guerra para impedir la represión contra los albanos-kosovares, su desencadenamiento contribuyó a acelerar -de forma indirecta al menos- su expulsión de Kosovo. Legitimada también como una guerra de la democracia contra la barbarie del odio étnico, su resultado ha comportado un incremento de la hostilidad entre comunidades. Por otra parte, tal y como afirmaba con toda rotundidad un editorial del 18 de abril de 1999 del periódico español de mayor tirada: Milosevic sobrevive políticamente, se podrá decir que la guerra emprendida por la OTAN habrá fracasado. Hasta la fecha, Milosevic no ha dimitido, de lo que se deduce, siguiendo la lógica de este argumento, que la OTAN ha fracasado. Más datos paradójicos: quienes formalmente dirigieron política y militarmente las operaciones militares, Javier Solana y Wesley Clark respectivamente, no sólo no recibieron los correspondientes honores y medallas tras ella, sino que el uno anunció a media guerra que abandonaba el puesto y el otro fue cesado de forma fulminante poco después del final de los bombardeos. No ha habido desfiles por la Quinta Avenida, ni confetis, ni majorettes, ni discursos solemnes, ni ascensos. Nada que ver con lo que siguió a la guerra del Golfo, ni con la gloria y la popularidad que alcanzó entonces el general Norman Schwarzkopf (decía una pancarta desplegada en la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992).

Las acciones emprendidas por la OTAN, como es público y notorio, no impidieron las deportaciones, violaciones y matanzas llevadas a cabo por los militares y paramilitares serbios. Consistieron, más bien, en una operación de represalia consistente en destruir las principales infraestructuras de Yugoslavia. Con ello la OTAN persiguió tanto la inmovilización del ejército yugoslavo como generar graves problemas a la población civil para que ésta se rebelase contra su propio gobierno.

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

Los bombardeos, en ese sentido, pueden haber reforzado el victimismo de los serbios: en sus cabezas, los albaneses (así, en general) pueden ser, a partir de ahora, los responsables colectivos de todas las desgracias provocadas por las bombas de la OTAN; de la misma forma que, para éstos, todos los serbios son responsables de las atrocidades cometidas por los militares, policías o paramilitares del régimen de Belgrado. La huida masiva de serbios y gitanos de Kosovo es otro dato indicativo de que el proceso de retroalimentación de los odios étnicos, que hacen imposible la convivencia humana, ha continuado de forma implacable. Dicha huida ha sido provocada tanto por el miedo a las represalias, como por las amenazas y los actos de violencia protagonizados, antes y ahora, por el Ejército de Liberación de Kosovo. Todo esto se ha hecho ante la mirada benevolente y/o tolerante de las fuerzas de la OTAN. No es exagerado afirmar, por tanto, que tras el final de la guerra hemos asistido a una segunda operación de limpieza étnica -aunque ahora a la inversa- que pone de manifiesto, una vez más, la doble vara de medir de los EEUU y la OTAN. En cualquier caso, todo esto significa otra victoria de los nacionalismos étnicos, como en la Bosnia post-Dayton; y la derrota, también como en Bosnia, de los proyectos de convivencia democrática multiétnica en poblaciones que, con o sin fronteras de por medio, están obligadas a convivir en el mismo espacio geográfico. A lo que se debe añadir que, desde un punto de vista material, la guerra ha empeorado las condiciones de vida de las poblaciones afectadas por las acciones bélicas de unos y de otros.

Por último, los EEUU y la OTAN han utilizado esta guerra para provocar una grave crisis de todo el entramado institucional y jurídico-político regulado por la Carta fundacional de la ONU. El objetivo prioritario de los gobiernos occidentales ha sido legitimar, por la vía de los hechos, el nuevo papel de la Alianza Atlántica por el que ésta se autoatribuye el papel de gendarme mundial, principal intérprete y representante de los intereses de la gente y titular exclusivo de un aterrador poder militar por supuestas razones humanitarias. Eso equivale, lisa y llanamente, a implantar sin disfraz alguno la dictadura mundial de los Estados más ricos del planeta. Los nacionalismos étnicos surgidos en la antigua Yugoslavia han demostrado ser, sin duda, muy peligrosos para las poblaciones de los Balcanes y, en general, para la estabilidad del sureste de Europa. Pero el nacionalismo imperialista occidental, tras esta guerra, aparece con toda nitidez como la mayor amenaza a la paz, la estabilidad y la seguridad del mundo entero.

Pocas guerras como ésta, por consiguiente, muestran bien a las claras lo que los pacifistas siempre hemos pensado: que el recurso masivo a las armas rara vez contribuye a resolver los conflictos y sí, en cambio, a exacerbarlos, a hacer más difícil su gestión y su superación en positivo y a sembrar las semillas de futuros conflictos armados.

Oposición a la guerra

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

Los bombardeos de la OTAN, a pesar de todo lo dicho, tuvieron una respuesta desigual en las sociedades occidentales. Las razones por las que esto fue así no son fáciles de identificar. La Campaña mediática fue, como cabía esperar, avasalladora y masiva. Las reiteradas imágenes de los refugiados generaron, qué duda cabe, un apoyo popular pura-mente emocional a cualquier cosa que hiciera la OTAN. Fueron también numerosos los periodistas e intelectuales dispuestos a decir amén a las bárbaras decisiones de los gobiernos occidentales; en especial, a repetir machaconamente, con el debido tono de sargento chusquero, el principal mensaje lanzado desde el poder, a saber, que o se estaba con Milosevic o se estaba con la OTAN y punto.

Los dirigentes políticos del Partido Internacional del Extremo Centro, en su inmensa mayoría y con todos los matices y las pequeñas desavenencias que se quiera, desfilaron marcialmente por televisiones, tertulias de radio y parlamentos entonando todos la misma canción. Lo hicieron los de la primera, los de la segunda y los de la tercera vía. Los nacionalistas y los antinacionalistas. Los de siempre y algunos recién llegados a la sala de máquinas del poder, como algunos neo-socialdemócratas o dirigentes verdes del tipo Massimo D' Alema, Joschka Fischer o Daniel Cohn-Bendit (en este caso, para cumplir así una vieja profecía de Wolfgang Harich formulada en su Crítica de la impaciencia revolucionaria, según la cual, no sería extraño que algunos antiautoritarios y apolíticos del 68 acabasen apoyando una guerra imperialista).

A lo que cabe añadir el peso que, en la conciencia de muchos, ha tenido la aparente pasividad occidental ante todo lo ocurrido en los Balcanes durante los últimos diez años, en particular en el transcurso de la guerra de Bosnia. En contraste con la actitud de tolerancia e incluso connivencia con los verdugos y agresores, ahora por fin parecía que los países occidentales estaban dispuestos a reaccionar a tiempo. Por más que esta interpretación de lo ocurrido en lo que fue la Yugoslavia de Tito sea cuestionable por muchos motivos, parece haber sido la dominante entre sectores importantes de la población europea y occidental.

Por una razón o por otra, lo cierto es que durante las primeras semanas de la guerra, si nos hemos de creer los datos publicados en la prensa, el apoyo popular a la intervención de la OTAN fue mayoritario en Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Bélgica, Dinamarca y Holanda. Según El País del 6 y 18 de abril, el 65 % de los franceses, el 75% de los británicos, el 80 % de los norteamericanos, el 72% de los canadienses, el 84% de los belgas, el 77% de los daneses y el 79% de los holandeses mostraron su conformidad con las acciones de la OTAN. Mientras que en Grecia, en Alemania, en Italia, en Suecia, en Chequia o en Polonia no parecía que hubiese una mayoría clara a favor de la intervención.

Guerra y opinión pública en España

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

En España la respuesta popular fue muy débil, y eso a pesar de que nuevamente se produjo una distancia notable entre el sentir de la opinión pública y las decisiones de sus supuestos representantes parlamentarios. Los datos no son unívocos, pero lo cierto es que el 31 de marzo, una semana después del comienzo de la guerra, el diario atlantista de la mañana {El País, dirigido además por los amigos y/o conocidos del que entonces era el secretario general de la OTAN) publicó una curiosa columnita, en el margen derecho de la página 16, cuyo título lo dice casi todo: Si eso era así, se puede pensar, entonces se trataba de una noticia que merecía un titular en la primera página. Pues no, ya que según el autor de la columna: «En teoría, el apoyo de los grupos parlamentarios a los bombardeos sobre Yugoslavia es tan amplio que la controversia política resulta irrelevante (¡sic!). Sólo Iz-quierda Unida y el Bloque Nacionalista Galego se pronunciaron de forma contundente y expresa en contra de la operación, lo que representa cuantitativamente poco más del 10% del electorado.». Más interés, si cabe, tiene el párrafo siguiente: «Sin embargo, el Gobier-no sabe, porque dispone de datos, y el PSOE sospecha, que la mayoría de españoles son contrarios a la intervención militar. Como ya ocurrió durante la guerra del Golfo y en el referéndum de la OTAN, la opinión de los representantes políticos no refleja exactamente la de sus votantes». Sin duda, algo debía saber ya entonces el gobierno. Y si no lo sabía, obtuvo información al respecto un mes después: según el barómetro de abril del gubernamental CIS (financiado con dinero público), mientras que el 38,6% de los encuestados estaba de acuerdo o muy de acuerdo con la intervención militar, el 44,4% se declaraba en desacuerdo o muy en desacuerdo. Por otro lado, según el mismo estudio, nada menos que el 51 % pensaba que la intervención de la OTAN se podía haber evitado y sólo el 26% la consideraba inevitable. Bien es verdad que el 18 de abril, el mismo diario publicó los resultados de un sondeo de Demoscopia, según el cual, el 57% de los entrevistados se mostraba a favor de la intervención y el 43% o se oponía (el 30%) o no sabía, no contes-taba (el 13%). Ahora bien, a la pregunta de si se estaba de acuerdo en que España parti-cipase en la operación, el 55% respondía que sí y el 38% que no. Y un mes y medio más tarde, el 5 de junio, seis días antes del final de la guerra, el mismo El País informaba que, según otro sondeo de Demoscopia, mientras el 42% pensaba que la intervención de la OTAN estaba justificada, el 45% pensaba que no lo estaba en absoluto; y, además, el 69% se mostraba a favor del cese inmediato de los bombardeos. Para acabar, también El País, pero ahora del 1 de noviembre de 1999, nos informaba que, según un estudio elaborado para el Ministerio de Defensa por la empresa ASEP un mes después del cese de las hosti-lidades, el 44% se declaraba en desacuerdo con la participación española en el conflicto frente a un 39% que mostraba su conformidad.

En todos los casos, como se puede ver, se estaba bastante lejos del 90% a favor y el 10% en contra que, en teoría, reflejarían las votaciones en el Congreso de los Diputados. Un motivo claro para considerar muy relevante la controversia política sobre esta guerra, al menos desde un punto de vista democrático...

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

No obstante, a pesar de esa mayoría o de esa amplia minoría que estaba en contra, según los datos elegidos y tal vez según el momento de la guerra, lo cierto es que nunca se tradujo en movilizaciones tan numerosas como las llevadas a cabo, por ejemplo, durante la guerra del Golfo.

Eso es lo que se puede deducir de los datos proporcionados, casi en su totalidad, por la prensa que el movimiento fue capaz de crear ante el silenciamiento y ninguneo de las manifestaciones practicados por la totalidad de los periódicos nacionales, radios y televisiones. Me estoy refiriendo a. El otro País (nº s de abril, mayo-junio y julio-agosto) que, con todas sus insuficiencias y estrabismos, no dejó de ser una meritoria y valiente iniciativa.

Frente a los 100.000 manifestantes italianos o 25.000 alemanes, la manifestación anti-guerra más numerosa que se produjo en España fue la celebrada en Madrid, el 18 de abril, que congregó a cerca de 15.000 personas; seguida por la de Barcelona, el 25 de abril, que reunió a 6.000. El resto de manifestaciones y concentraciones oscilaron entre los testimoniales 200 manifestantes y las 3.000 o 4.000 personas como máximo. Es verdad, no obstante, que las hubo en las principales ciudades españolas: Pamplona, Bilbao, Valencia, Valladolid, San Sebastián, Gijón, Murcia, Cartagena, Xátiva, Orense, Santander, Segovia, Sevilla, Salamanca, Vitoria, Alicante o Elche fueron escenarios de diversos y numerosos, aunque poco concurridos, actos de protesta contra la intervención militar. Si se quiere ser optimista, se puede añadir al dicho las manifestaciones del 1º de mayo en las que, en su desarrollo y en el contenido que quisieron darle las direcciones de las principales centrales sindicales, aparecieron de forma un poco ambigua algunas reivindicaciones a favor de la paz. Pero conviene no hacerse muchas ilusiones al respecto, pues, por un lado, dichas manifestaciones tenían otros contenidos y, por otro, la asistencia no fue de las más altas desde la muerte de Franco precisamente (50.000 personas en Madrid, 30.000 en Barcelona, 15.000 en Valencia, 30.000 en Galicia, 40.000 en Asturias). En cualquier caso, los principales sindicatos -CCOO y UGT- ni convocaron ni pusieron sus recursos al servicio de las manifestaciones celebradas de forma específica contra la guerra.

Hipótesis sobre la desmovilización

¿Cómo explicar esa baja participación cuando las encuestas aludidas apuntaban a un 30%, 44% o 45% de la opinión pública en contra de la intervención de la OTAN?

En primer lugar, de forma especulativa más que otra cosa, vale la pena subrayar que la poca concurrencia a las manifestaciones anti-guerra es coherente con la fase de intenso reflujó de los movimientos sociales por la que atravesamos. Tanto por lo que se refiere al movimiento

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

sindical como al movimiento ecologista, pasando por el movimiento feminista, los últimos tres o cuatro años se han caracterizado por una apatía y pasividad considerables. Diríase que la reactivación de la economía y el incremento del consumo han anestesiado a la sociedad española. Hasta el punto que ni siquiera la décima parte de los votantes de la principal fuerza política que se opuso a la intervención (Izquierda Unida) asistió a las manifestaciones.

En segundo lugar, el hecho de que un tanto por ciento tan elevado de personas se declarasen contrarias a la intervención no debe interpretarse como que todas ellas valorasen esta cuestión de la máxima prioridad. De hecho, tan sólo tres días después del final de la guerra se celebraron elecciones municipales y europeas; y aquella apenas parece haber influido en el resultado electoral. Es más, la única fuerza política de ámbito nacional que padeció una auténtica sangría de votos fue... Izquierda Unida, la cual cometió desde luego errores de bulto, pero, en cualquier caso, de menor entidad que las enormes ruedas de molino con las que comulgaron e hicieron comulgar a sus electores el resto de dirigentes políticos. Dicho de otra manera, el apoyo a la OTAN mostrado por los dirigentes del PSOE, PP, CiU o PNV fue considerado por sus electores como un pecadillo venial, un tema marginal o absolutamente irrelevante en comparación con el resto de cuestiones dirimidas en los comicios. En mi opinión, esto constituye el mayor fracaso del movimiento por la paz, esto es, no haber podido o sabido colocar la guerra en un lugar central del debate público.

Bien es verdad que el movimiento cometió algunos errores y se articuló a partir de una escasez de medios apabullante. Su principal error consistió en no haber sabido impulsar el necesario debate para así poder proponer a la sociedad una toma de posición clara y comprensible. Aunque acabó imponiéndose como lema unitario, los que asistieron a las manifestaciones saben que algunos estaban más contra la OTAN que contra el régimen serbio, y otros, al insistir tanto en la autodeterminación de los albanos-kosovares, no eran capaces de percibir y denunciar las evidentes conexiones entre el ELK y la OTAN, ni tampoco de tomar las necesarias distancias frente al nacionalismo étnico albanés. Esto transmitió una imagen de cierta división interna, especialmente en Madrid, donde Izquierda Unida llegó a convocar una manifestación que había sido desautorizada por Paz Ahora y otros grupos pacifistas por estimar que los primeros no denunciaban con la suficiente contundencia al régimen de Belgrado. Por fortuna algo así nunca llegó a producirse en Barcelona y otras ciudades; como mucho, sólo se produjeron algunos enfrentamientos verbales en el transcurso de las manifestaciones.

Las divisiones apreciadas entre los diferentes grupos y fuerzas políticas se arrastran, en realidad, desde el comienzo de las guerras balcánicas. Se trata de una división que tiene que ver con dos análisis contrapuestos de las causas de los conflictos. En líneas generales, se puede afirmar que hay quien ve todo lo ocurrido en la antigua Yugoslavia como el resultado de procesos endógenos en lo fundamental, con una intervención de las potencias occidentales

El movimiento pacifista y la guerra contra Yugoslavia

Escrito por José Luis Gordillo

Martes, 19 de Enero de 1999 16:01 - Actualizado Jueves, 17 de Febrero de 2011 15:08

basada en el oportunismo pero poco determinante en el curso de los acontecimientos. Y en el extremo opuesto, se situarían quienes ven a los dirigentes de las diferentes repúblicas del espacio balcánico poco menos que como marionetas al servicio de los intereses de las grandes potencias. Éstas serían las principales responsables de todo lo ocurrido por haber atizado, de forma instrumental, la hostilidad entre los pueblos de los Balcanes para así resolver un conflicto de poder y hegemonía entre ellas (entre la Alemania recién unificada y los Estados Unidos, en lo fundamental). Ninguna de las dos visiones parece absurda o desprovista de base empírica y tampoco parecen incompatibles entre sí. Sería bueno que el movimiento por la paz fuese capaz de facilitar la confrontación seria, honesta y tranquila entre estos dos análisis para, de esta manera, poner en circulación un punto de vista sobre la cuestión menos parcial que el de los servidores del poder.

Pero ningún análisis riguroso sobre la historia reciente de los Balcanes, de todas formas, será suficiente, por sí solo, para relanzar el movimiento por la paz. Hace falta también superar esta fase de pasividad y resignación generalizadas.

La debilidad actual del movimiento pacifista es preocupante por múltiples razones. La principal consiste en que, en un mundo unipolar en el que la OTAN ha suplantado al Consejo de Seguridad de la ONU, el movimiento por la paz de los países del Norte es ya el único contrapeso que queda a los impulsos militaristas de los gobiernos occidentales. Frenar, amarrar, poner palos en las ruedas en los engranajes del poder militar occidental, es ahora una importante tarea civilizadora de alcance mundial que recae casi en exclusiva sobre los hombros de los pacifistas occidentales. Para poder asumirla se necesita pensamiento propio y una ciudadanía activa y militante. Disponer de lo primero y hallar el revulsivo necesario para conseguir lo segundo son los principales retos que el movimiento pacifista, al igual que el resto de movimientos sociales con idealidad emancipatoria, tienen planteados para el inmediato futuro.